

SAN JOSE, COSTA RICA

10 Diciembre 1912

Año II



Núm. 47

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

Sociología - Arte - Ciencia

R. FALCÓ, Editor

Administración: 7ª Av. Este, 247

APARTADO 638

San José de Costa Rica

CONDICIONES:

Costa Rica (trimestre) ₡ 1.00

Extranjero (semestre) \$ 1.00 oro am.

ABONO ANTICIPADO

SUMARIO

Historia de las ideas morales.-XII. Las ideas morales del siglo XVIII.....	<i>Paul Gille</i>
La doctrina racional del siglo XX.-III. La vida orgánica.....	<i>Aristide Pratelle</i>
Capítulos de una novela inédita	<i>C. González Rucavado</i>
La ignorancia	<i>Emilio Zola</i>

20 cénts.

SAN JOSE, COSTA RICA
Imprenta Alsina

Acusando recibo

La hora negra, novela cubana, por M. Giral Ordóñez, y *Cantos del Nuevo Mundo...*, poesías por Armando Vasseur, son los dos últimos libros publicados por la acreditada Casa Editorial F. Sempere y Compañía, de Valencia.

Se habla de lo que publican y hacen las casas de París y Norte América, y somos pródigos en alabanzas para todo lo que se importa, sin fijarnos en lo que se produce dentro de casa; en este concepto la obra de los señores F. Sempere y Compañía es superior a todo lo que viene del extranjero, y es verdaderamente asombroso que por una peseta puedan darse libros originales de más de trescientas páginas.

La hora negra es una novela original, de costumbres cubanas, y su joven autor es de los que en justicia se han puesto a la cabeza del renacimiento literario en las repúblicas de la América latina.

Cantos del Nuevo Mundo... contiene la labor realizada durante estos últimos años por el que ya es un poeta consagrado.

El ambiente futurista domina en todas las inspiradas poesías de Vasseur, el poeta que ha publicado con general aplauso diez libros a los treinta y tres años, y que además ha esculpido su vida como una estatua...

Ambos libros llevan en la cubierta el retrato de su autor y se venden á peseta el tomo.

OBRA NUEVA DE ACTUALIDAD

La guerra italo-turca, 1911-1912.—Reconstitución informativa completa de la campaña y de sus derivaciones políticas y sociales, por José Brissa.

A pesar de las campañas de los pacifistas, del Tribunal Internacional de La Haya, que no desempeña todavía sino un papel secundario en los litigios internacionales, transcurrirán muchos años aun antes de que las naciones militares consientan en someterse a su fallo.

La guerra italo-turca que acaba de terminarse por el Tratado de Lausana, de 18 de octubre, ha podido provocar la conflagración

européa y deja la guerra de los Balcanes. Es innegable, pues, la importancia que la guerra de expansión colonial italiana ha tenido.

Un libro que reuna en sus páginas la narración completa y desapasionada de la campaña de Italia en Trípoli y Cirenaica, y puntualice las ramificaciones políticas y sociales de esta intervención armada, será seguramente bien acogido por el público.

Se titula *La guerra italo-turca*, y ha sido encomendado por esta Casa Editorial a un escritor avezado, como lo es José Brissa, autor y testigo presencial de *La Revolución de Julio en Barcelona*, y *La Revolución Portuguesa*, editadas por esta casa y que han alcanzado éxito.

Es *La guerra italo-turca* una relación completa de las operaciones militares del ejército italiano en la Tripolitania, Cirenaica y el Mar Egeo desde el 5 de octubre de 1911 que comenzó la guerra hasta el 18 de octubre de 1912 que se firmó la paz. Contiene datos exactos de las fuerzas que entraron en campaña; enumera y relata las principales funciones de guerra; da las cifras de los combatientes muertos y heridos, explica los avances sucesivos de las tropas, las posiciones ocupadas; analiza la composición y la fuerza de los contingentes turco-árabes que desde el principio de la campaña se opusieron a la marcha de los italianos y evidencia la importancia de las operaciones realizadas.

Aparecen en *La guerra italo-turca* las figuras de los generales, jefes, oficiales y soldados que más se distinguieron en la campaña y se narran los más salientes episodios sangrientos y heroicos dignos de recordación, constituyendo así este libro una amena e interesantísima lectura para toda clase de personas.

Para la publicación de *La guerra italo-turca* nada se ha omitido; buena información directa del campo de operaciones, curiosas fotografías, y sobre todo imparcialidad en el relato.

La guerra italo-turca está ilustrada con 235 grabados fotográficos, retratos, planos, mapas, etc., y forma un voluminoso libro en 4^o (25 por 16 $\frac{1}{2}$ centímetros) de 688 páginas, impreso en excelente papel satinado y con una artística cubierta al cromo.

Precio: **10 pesetas** en rústica y **12 pesetas** encuadernado.

Adoptado

Publicaciones de la Escuela Moderna

Ponemos en conocimiento de nuestros lectores que acabamos de recibir todas las obras de esta importante Casa Editorial fundada por Ferrer. El próximo número publicaremos los títulos y precio de las mismas.

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año II

Ricardo Falcó Mayor, Editor

Núm. 47

Historia de las ideas morales

XII

Las ideas morales en el siglo XVIII

Después del largo período de depresión cristiana, el siglo XVIII fué por excelencia el siglo de la aurora de la razón humana, del pensamiento libre. Fué el siglo del racionalismo.

En la Edad Media, en aquella época en que la filosofía era, como se decía entonces, *la servidora de la teología*, o por mejor decir, *la esclava de la teocracia*, la moral y la política estaban subordinadas al dogma y a la Iglesia, órgano y guardiana del dogma. Véase Bossuet. Podemos citarle con seguridad, porque, a pesar de su cartesianismo, es siempre el hombre de la Edad Media: Bossuet no admite que pueda haber una *moral filosófica*, y su *política* está completamente *tomada de la Escritura Santa*. Como todo lo demás, pero más que todo, la política y la moral se deducían de la religión establecida, y por consecuencia, carecían de toda independencia.

En el siglo XVIII, por el contrario, se secularizan y tratan de emanciparse, no sólo de la Iglesia católica, sino de todo dogma positivo y aun de todo sistema metafísico. De ahí que el siglo XVIII se distingue, no sólo de la Edad Media, sino del mismo siglo XVII.

La filosofía de Descartes, que es la gran filosofía del siglo XVII, tiene sobre todo un carácter metafísico y especulativo. La idea de Dios es en ella, no el punto de partida, sino el prin-

cipio fundamental; porque solamente, según Descartes, confiando en la veracidad divina llegamos a la certidumbre de la realidad exterior. Esta idea es la clave de bóveda de todo el edificio; sin ella todo se derrumba, toda certidumbre se desvanece. Por otra parte, Descartes deja a un lado, como en una arca santa, las *verdades reveladas*, y se guarda bien de tocar a la política. La moral misma no figura en parte alguna en el conjunto de su filosofía.

Nula en él, es aún muy incompleta en Leibnitz, el gran reformador del cartesianismo; y si halla amplio hogar en la filosofía de Malebranche y en la de Spinoza, no pasa de ser en ellos como una dependencia de su metafísica particular.

En el siglo XVIII, la filosofía, de especulativa que era, se hizo sobre todo práctica; de trascendente se hizo humana. Aborda directamente las cuestiones morales y políticas, trata de resolverlas fuera de todo dogma positivo y hasta de toda doctrina metafísica, y para despejar mejor el terreno, ataca los diversos sistemas que le oponen obstáculos. La crítica filosófica sale de los límites que Descartes se había trazado: la *legislación* y la *religión*, esos dos objetos reservados por la prudencia de aquel maestro del siglo XVII, son precisamente los atacados con mayor viveza, y la filosofía se de-

dica a hacer de la *moral* una ciencia directamente fundada en la conciencia humana.

Las ideas particularmente dominantes en el siglo XVIII son las ideas morales, las ideas que se refieren a las relaciones de los hombres entre sí, las ideas relativas a la vida social en general. El objeto del trabajo que se realizó entonces en las inteligencias consiste en reformar la sociedad, sus instituciones y sus costumbres, sobre el modelo de las ideas de la razón.

En lo referente a las ideas religiosas, si la filosofía del siglo XVIII no es toda ella tan escéptica como suele decirse, un gran cambio se opera, no obstante, respecto de ellas. Sin hablar de la guerra declarada a las religiones positivas, las ideas religiosas en su esencia son rechazadas por gran número de filósofos, sea como peligrosas quimeras, como ilusiones funestas a la felicidad de los hombres, sea como hipótesis trascendentales; y los que las aceptan y defienden en su forma filosófica, como Voltaire, Rousseau, Kant y toda la escuela deísta, las distinguen cuidadosamente de las ideas morales y sociales, que se dedican a establecer en toda su independencia. No buscan ya en las ideas religiosas el *fundamento*, sino el *coronamiento* de las ideas morales. Se invierte el orden: no descienden ya de la religión a la moral, sino que ascienden de la moral a la religión. Kant es la más alta expresión de esta revolución filosófica, cuyas raíces están en la Reforma. La moral y la política tratan de constituirse en el estado de ciencias independientes. ¡Es una novedad capital en el mundo!

El que puede considerarse a justo título como padre de la filosofía del siglo XVIII es el gran filósofo inglés Locke. José de Maistre no se engañó al dirigir al filósofo inglés sus más amargas censuras. Locke forma en cierto modo la transición entre los siglos XVII y XVIII. Desterrado en tiempo de Carlos II, se refugió en Holanda, en aquel asilo de la libertad religiosa y filosófi-

ca en el siglo XVII, donde Descartes había buscado antes un retiro, y donde halló hombres como Bayle, Basnage y Leclerc; permaneció allí hasta la revolución de 1688, y de aquella época, es decir, de la vuelta de la libertad política en Inglaterra, datan sus obras, como todo aquel movimiento que se adelantó a la filosofía francesa del siglo XVIII. ¡Ejemplo brillante de la acción de la libertad sobre el desarrollo del pensamiento filosófico!

De la libre Inglaterra partió, pues, la señal del movimiento filosófico que se desarrolló en Francia bajo Luis XV y bajo aquella monarquía absoluta que había de derribar. Y como era la Reforma, como era el espíritu protestante los que habían hecho lo que entonces era Inglaterra, se sigue lógicamente que el movimiento filosófico del siglo XVIII se refiere al movimiento religioso del siglo XVI. Aparte de que esta filiación aparece por diferentes puntos. Los dos principales precursores de la filosofía del siglo XVIII, Locke y Bayle, son protestantes, y uno de sus más notables representantes, uno de los más influyentes sobre el pensamiento de aquella época, J. J. Rousseau, a pesar de la abjuración arrancada a su juventud, estaba tan imbuído por el espíritu protestante como por el republicano, procedentes ambos de su familia y de su primera educación.

El primer impulso filosófico del siglo XVIII vino, pues, de Inglaterra, y si los más poderosos y los más numerosos órganos de las ideas morales y sociales del siglo XVIII fueron escritores franceses, de Inglaterra tomaron su inspiración. Las ideas inglesas estaban entonces de moda en Francia, y la influencia de Inglaterra sobre el espíritu francés fué considerable.

De Inglaterra recibieron su primer impulso o sacaron sus principales modelos los más notables filósofos de la época.

El cantor de *El espíritu de las leyes*, en el viaje que hizo a través de Europa para recoger los materiales de la

gran obra que meditaba, Montesquieu, se detuvo dos años en Inglaterra, de 1729 a 1731, y aunque la licencia de la prensa, cosa muy nueva para él, como francés de aquella época, le asustara algo, le causó admiración el gobierno inglés, cuyo mecanismo había de explicar después admirablemente sirviéndole como modelo de la política. El espectáculo de las *libertades públicas* que le ofrecía Inglaterra no dejó de ejercer influencia sobre el desarrollo de sus propias ideas en este asunto.

Por la misma época, en 1726, Voltaire salió por segunda vez de la Bastilla, donde le había hecho encerrar el Duque de Rohán Chabot, y obligado a salir de Francia, se retiró a Inglaterra. ¡Feliz torpeza la del gobierno, que en aquellas circunstancias se hizo instrumento de la insolencia y de la cobardía de un gran señor! El destierro con todas sus amarguras ha solido ser una gran escuela: algunos hombres eminentes han hallado en él enseñanzas que no hubieran hallado en el país natal y en él adquirido nuevas fuerzas y mayor potencia.

Voltaire debió mucho a su destierro a Inglaterra. Durante más de tres años se embriagó con el espectáculo de las libertades que ya ofrecía aquel país: veía florecer allí la *libertad religiosa*, todas las sectas toleradas por el Estado; la *libertad filosófica*; la crítica de los *librepensadores*, tales como Toland, Tyndall, Collins, Shaftersbury, Wolston, que discutían los libros sagrados y desarrollaban brillantemente el puro deísmo; la *libertad política*, un gobierno parlamentario tan perfectamente conforme con el gusto de la Nación y unas costumbres de independencia y de discusión tan fuertemente arraigadas, que el sistema de corrupción establecido por Roberto Walpole no pudo dominar la vida pública. Allí se penetró Voltaire de todas las ideas que constituían el aire libre que respiraba. En Inglaterra adquirió particularmente las armas que le suministraron los librepensadores, y de que había de servirse después, el *sistema del mundo* de Newton y la filo-

sófia de Locke, con su empirismo estrecho, pero también con su espíritu eminentemente *liberal*. Las *Cartas filosóficas sobre los ingleses*, impresas clandestinamente en Francia en 1734, prueban la influencia que Inglaterra ejerció sobre el pensamiento de Voltaire, y forman en cierto modo el primer manifiesto de este filósofo, que tanto escribió después.

He ahí como lo ha indicado Villemain en su *Cuadro de la literatura en el siglo XVIII*, que «de 1727 a 1730, Inglaterra fué la escuela de los dos primeros genios del siglo XVIII.»

J. J. Rousseau no escapó tampoco a esta influencia; también debe mucho a Locke. Los *Pensamientos sobre la educación de los niños*, que Locke publicó en 1693, contienen el germen del *Emilio*; el *Tratado sobre el gobierno civil*, prepara el *Contrato social*; por último, el *Cristianismo razonable*, de 1695, anuncia la *Profesión de fe del vicario saboyano*, como también la *Crítica de la religión en los límites de la razón*, de Kant.

También Inglaterra inspiró a Diderot la primera idea de la *Enciclopedia*, concebida sobre el plan que antes había trazado Bacon.

Pero si el movimiento filosófico del siglo XVIII tuvo su punto de partida en Inglaterra, en Francia tuvo su principal desarrollo; al genio francés, a ese genio tan sociable, tan expansivo y tan elocuente, correspondía desprender en toda su pureza y en toda su generalidad, y expresar bajo su forma más atractiva, y por lo mismo popularizar esas ideas y esos sentimientos de justicia y de humanidad que con extraordinario esplendor se produjeron en aquella época.

De Francia, así desarrollado y acreditado, ese movimiento se difundió por toda Europa; volvió a Inglaterra con Hume; se propagó en Italia, en Milán, con Beccaria, el autor del *Tratado de los delitos y de las penas*, que tuvo tan gran resonancia e influencia; en Nápoles, con Filangieri, el autor de la *Ciencia de la legislación*, que

había de comentar después Benjamín Constant; en España, donde impulsa a hombres como el conde de Aranda y Campomanes, a quien Villemain llama el Turgot español; en Portugal, donde el marqués de Pombal hace traducir las obras de Voltaire y de Diderot; en Alemania, en la corte de Federico y en la de José II, y hasta en Rusia, en la corte de Catalina. Y cosa notable, esas ideas que parten de Inglaterra y reciben en Francia su más brillante expresión, hallan en Alemania un nuevo órgano, indudablemente menos popular, pero en cierto modo quizá el más significativo de todos. No se trata, por supuesto de ninguno de los filósofos de Berlín; la Academia de Berlín es el espíritu francés transportado a la capital de Prusia; se trata del filósofo de Königsberg, de Kant, quien de tan típica manera representa la filosofía del siglo XVIII y para quien la moral es el alma de toda la filosofía.

Kant está también penetrado por ideas francesas, sobre todo por las de Montesquieu y Rousseau, que había leído y meditado mucho; pero esas ideas las representa, las desarrolla o las corrige siguiendo su propio genio, donde se reflejan perfectamente el *espíritu germánico* y el *espíritu protestante*. En esto vemos la filosofía del siglo XVIII volver en cierto modo a su origen primitivo para tomar en él un nuevo acento.

Al lado de Kant podría citarse todavía a Fichte, al menos al Fichte de 1793, al autor del *Discurso sobre la libertad de pensar* y de las *Consideraciones sobre la Revolución francesa*.

Si quisiéramos caracterizar todo ese movimiento en pocas palabras, diríamos que es filosófico y práctico, que se aplica a reformar el hombre y la sociedad por la razón, que es racionalista y militante.

Examinemos ahora más detalladamente qué ideas expresaron los que en ese gran movimiento fueron más especialmente los protagonistas y los órganos de la filosofía moral.

Ante todo, el siglo XVIII se nos presenta con la más brillante escuela materialista que se haya visto en el mundo. Conforme con las tradiciones de las grandes épocas materialistas, la nueva escuela no respetó los prejuicios. Comenzó por sentar su base ética con extrema dureza, en la que casi se percibe la preocupación de chocar con las opiniones corrientes.

La Mettrie, que se distingue en esta vía, llegó a ser, a causa de esto, el espantajo, el *monstrum horrendum* del materialismo.

Harto insólitas por sí mismas, en aquellos días del jesuitismo y del jansenismo, las opiniones de La Mettrie fueron odiosamente caricaturadas. He aquí un resumen dado por Lange, y que tiene el mérito de ser fiel y de castigar algunas exageraciones.

«La felicidad del hombre se funda sobre el sentimiento del placer, que en todas partes es el mismo, pero se divide, según su cualidad, en placeres groseros o finos, cortos o duraderos. Como no somos más que cuerpos, nuestros goces intelectuales, hasta los más elevados, son, por consiguiente, en virtud de su substancia, placeres corporales; pero en cuanto a su valor, esos placeres difieren mucho unos de otros. El placer sensual es vivo, pero corto; la felicidad que resulta de la armonía de todo nuestro ser es tranquila, pero duradera. La unidad en la variedad, esa ley de toda la Naturaleza se encuentra, pues, aquí, y preciso es reconocer en principio que todas las especies de placer y de felicidad tienen derechos iguales, aunque las naturalezas nobles e instruídas disfruten de goces que no estén al alcance de las naturalezas bajas y vulgares.

»Esa diferencia es secundaria, y no considerada más que la esencia del placer, no sólo la disfruta el ignorante como el sabio, sino que además no es menos grande para el bueno que para el malo.

»El desarrollo intelectual de un sujeto no es una condición *sine qua non* de felicidad. Que la dicha del hombre esté fundada sobre la sensibilidad y

no sobre la educación, cosa es demostrada por el gran número de ignorantes que se sienten dichosos en su ignorancia, y hasta en el momento de morir se consuelan con esperanzas quiméricas, que para ellos son un beneficio.»

Con semejante teoría, nada más fácil que justificar el inmovilismo intelectual y social, y se comprende que el inteligente y hábil Federico II progetiera a La Mettrie.

Continuemos nuestra exposición:

«La reflexión puede aumentar el placer, pero no darle. El que por ella es dichoso posee una felicidad superior, pero frecuentemente la reflexión destruye el placer: uno se siente dichoso por sus mismas disposiciones naturales; otro es rico, prestigioso y enamorado, a pesar de ello se siente desgraciado porque es inquieto, impaciente y celoso, porque es esclavo de sus pasiones.

»En igualdad de condiciones, la diferencia entre los buenos y los malos consiste en que en los primeros predomina el interés público sobre el privado, en tanto que ocurre lo contrario en los segundos; unos y otros obran con necesidad; de donde puede y debe inferirse que el arrepentimiento es absolutamente condenable, porque turba la tranquilidad del hombre sin influir sobre su conducta».

Podemos, no obstante—confiesa La Mettrie—dar la preferencia a los que ponen el interés general sobre el particular, y dirigir en ese sentido nuestra educación y nuestras prescripciones sociales; pero sólo de paso menciona el altruismo. «Enriquecese uno—dice—en cierto modo por la beneficencia y se toma parte en la alegría que se ha causado». No es esto decir, y La Mettrie no lo ha comprendido, que «el principio moral más importante sobre que el materialismo pueda apoyarse» es la simpatía y el sentido social.

En resumen, como muy bien dice Lange, si La Mettrie ha predicado demasiado el relativismo, no ha predicado el vicio, como en la fábula de

las *Abejas* lo hizo Mandeville, el prototipo de los economistas liberales puros, de los campeones del dejad-hacer económico.

Pasemos ahora al gran obrero de la *Enciclopedia*. Diderot se representa la Naturaleza como un gran Todo, cuyos individuos son las partes y cuya ley es la transformación universal.—Nacer y morir sólo es cambiar de forma: una fermentación sin tregua, un cambio incesante de substancia, una circulación perpetua de la vida: he ahí el enigma de la existencia tal como ya lo había concebido Heráclito. La metafísica es una aberración, una enfermedad del espíritu humano.

«Percibí—dice—en la vaguedad del espacio un edificio suspendido como por encanto, sin ningún sostén; sus columnas, que no tenían medio pie de diámetro, sostenían bóvedas que únicamente se distinguían a favor de los días, de que simétricamente estaban agujereadas... Llegué al pie de una tribuna a la que servía de dosel una gran tela de araña, que me pareció colocada como sobre una punta de aguja. Cien veces al día temblaba por el personaje que la ocupaba, que era un anciano de luenga barba, tan seco y más desnudo que todos sus discípulos, y que mojaba en una copa llena de un fluido sutil un canutillo, que llevaba a su boca y soplabla burbujas a una multitud de espectadores que trabajaban en elevarlas hasta las nubes».

Continúa Diderot.

«Aquella multitud aumentaba a medida que el personaje avanzaba. En el progreso de sus aumentos sucesivos, se me apareció bajo cien formas diversas. Le ví dirigir hacia el cielo un largo telescopio, apreciar por medio de un péndulo la caída de los cuerpos, conocer con auxilio de un tubo lleno de mercurio la pesantez del aire, y, con el prisma en la mano, descomponer la luz.

»Era entonces un enorme coloso; su cabeza tocaba a los cielos, sus pies se perdían en el abismo, sus brazos se extendían de uno a otro polo.

»Con la mano derecha agitaba una

antorcha cuya luz se esparcía a lo lejos en los aires, iluminaba el fondo de las aguas y penetraba en las entrañas de la tierra.

—«¿Qué representa—pregunté a Platon—esta figura gigantesca que viene hacia nosotros?»

—«La experiencia—merespondió—. Huyamos—añadió,—porque este edificio sólo durará un momento.

»Dichas esas palabras corrió; le seguí; llegó el coloso; tocó el pórtico, y se desplomó con espantoso estrépito.

«Entonces desperté.»

Así cayó el «pórtico de hipótesis», palacio de «esa maldita metafísica que ha hecho tantos locos.»

Como agnóstico, Diderot no es menos antimetafísico en su ética que en su filosofía. He aquí como termina su tratado *De la interpretación de la Naturaleza*:

«¡Oh Dios! yo no sé si existes; pero pensaré como si vieras en mi alma, obraré como si estuviera delante de tí... Nada te pido en este mundo, porque el curso de las cosas es necesario por sí mismo si no existes, o por tu decreto si existes. Espero un premio en el otro mundo, si le hay, aunque todo lo que hago en éste lo haga para mí. Si sigo el bien, es sin esfuerzo; si dejo el mal, lo hago sin pensar en tí... Heme aquí tal como soy, porción necesariamente organizada de una materia eterna y necesaria o quizá obra de tu poder».

He aquí su ideal moral, breve y lapidariamente formulado: «Buscad la felicidad haciendo el bien, ejercitándoos en el conocimiento de la verdad, teniendo siempre ante los ojos que no hay más que una sola virtud, la justicia; que un solo deber, ser dichoso; un solo corolario, no dificultar la vida, no temer la muerte».

Y en efecto, Diderot murió como filósofo y hombre de bien. El cura de San Sulpicio tuvo la ambición de unir la conquista del creador de la *Enciclopedia* a la conversión de Voltaire. In-sistió, sobre todo, mucho para obtener

una retractación: «Eso—decía—hará gran efecto en el mundo.» «Sí—respondió Diderot;—pero convenga Ud. en que sería una impudente mentira.»

D'Alembert, proclamando con su época sensualista que «el amor ilustrado de nosotros mismos es el principio de todos los sacrificios», insiste sobre la simpatía considerada como base de la moral: «La virtud—decía—será tanto más pura cuanto más impregnada esté del amor universal de la humanidad.»

Helvecio, por el contrario, el hombre bienhechor entre todos, el filósofo magnánimo que decía de su detractor Marivaux: «¡Ah pícaro! Si no le pensionara con 2.000 francos anuales, le pondría en el lugar que le corresponde; pero eso, en nuestra situación recíproca, le molestaría;» Helvecio, repito, insiste sobre el carácter egoísta de la simpatía y desarrolla el simplismo sensualista absoluto. He aquí su argumentación:

—«La sensibilidad física produce nuestras ideas, o lo que es lo mismo, nuestras ideas nos vienen por los sentidos.

»El deseo de nuestra felicidad basta para conducirnos a la virtud.

»Con buenas leyes se hace a los hombres virtuosos.

»El dolor y el placer hacen pensar y obrar a los hombres.

»Se ha de tratar la moral como las otras ciencias, y ha de hacerse una moral como se hace una física experimental.

»A la diferente manera con que se modifica el deseo de la felicidad se deben los vicios y las virtudes.

»Los hombres no son malos; están sometidos a sus intereses.

»Las acciones virtuosas son las acciones útiles al público.

»El amor es el más vivo de todos los placeres de los sentidos.

«Quejémonos menos de la maldad de los hombres que de la ignorancia de los legisladores, quienes siempre han puesto el interés particular en oposición al interés general».

Con Hobbes y La Rochefoucauld,

Helvecio enseña que el interés personal debe ser y es realmente el único móvil de nuestras acciones. La verdadera moral es la *física de las costumbres*. En el fondo no hay moral propiamente dicha, sino simplemente una rama superior de las ciencias naturales, que enseña los medios de alcanzar la mayor felicidad posible. La ley única de la Naturaleza consiste en saber calcular su interés.

En resumen, como dice Letourneau, Helvecio dió a la moral una base a la vez demasiado estrecha y grosera: el goce egósta de los placeres sensuales, y nada más. Ni siquiera parece haber pensado en los goces morales e intelectuales. No hay leyes de conciencia cuya obediencia obligue, no hay más que leyes civiles a las cuales hemos de someternos. No hay actos desinteresados en el mundo. Los más bellos sacrificios tienen por móvil la esperanza de una recompensa o el placer que su realización había de causar a sus autores. Mas ese placer, esa felicidad que se siente en sacrificarse no es en sí bueno ni malo; es asunto de temperamento. Los que sienten más placer en dar su dinero a un desgraciado que en conservarlo, hacen bien en darlo; los que hallan más placer en conservarle hacen bien en conservarlo. Toda acción razonable debe ser el resultado de una comparación entre dos goces, debiendo decidírnos por el mayor.

Tal es la doctrina del *interés bien entendido*, que emitida por Helvecio, vulgarizada por Volney y reproducida por Bentham en forma más científica, llegó a ser la base de la moral mercantil e individualista contemporánea. Presentada en esos términos, sin eufemismos y sin perifrasis, esa moral del egóismo es odiosa. No obstante, como justifica esta sequedad del corazón y ese amor exagerado del *yo*, que en ciertas épocas parece una enfermedad endémica, no ha sido necesario mucho arte para imponerla, y desgraciadamente es grande en nuestra época el número de los que consideran

honrado al hombre que ha sabido conducirse sin tropezar con las mallas del código penal.

No exageremos el alcance de esta crítica, como dice justamente Brothier, porque en la tal doctrina hay algo de verdad. Es bien cierto que el hombre aspira a la felicidad; es justo que ceda a esta aspiración; es bueno que ceda a ella y trabaje en vista de su propio interés. En una palabra, el hombre debe sentir amor propio; pero lo que no es cierto, justo ni bueno, es que no deba tener otro móvil. El hombre quiere también la felicidad de los que le rodean, de su prójimo, de los suyos; quiere también la felicidad universal. Es bueno que se ame, pero a condición de equilibrar este amor de sí mismo con el amor ajeno. Eso no lo comprendió Helvecio, y eso es lo que hace de su moral sensualista un manantial de inmoralidad.

D'Holbach vió mucho mejor y mucho más lejos. «La moral—dice—es la ciencia de las relaciones entre los hombres y de los deberes que se desprenden de esas relaciones. O, de otro modo, la moral es el conocimiento de lo que necesariamente deben hacer o evitar unos seres inteligentes y razonables que quieren conservarse felices y vivir en sociedad.» Como Epicuro, da por objeto a los esfuerzos de la humanidad «la felicidad duradera, no el placer efímero». Intenta fundar la moral sobre la fisiología y la educación; pero aunque proclamando el endemonismo terrestre, elogia vivamente las virtudes cívicas, que están bien a veces, aunque pretende *la virtud por la virtud*.

Según Holbach, el móvil del *interés* sólo puede invocarse legítimamente por el hombre de bien, lo que equivale—y esto es exacto—a hacer dependiente la moral del conocimiento y del predominio de los sentimientos morales.

«La palabra *interés*—dice con razón—es sinónimo de injusticia, de corrupción, de malicia, de pequeñez en un avaro, un cortesano, un tirano. En el hombre de bien, *interés* signifi-

ca equidad, beneficencia, grandeza de alma, deseo de merecer la estimación de los otros o deseo de estar bien consigo mismo».

El ilustre autor del *Sistema de la Naturaleza* recomienda la bondad con una delicadeza y una ternura modernas: «¡Cuán amable es — dice — el principio del hombre sensible que ha dicho que no se debía pegar a un perro ni destruir un insecto sin causa suficiente, para justificarse ante el tribunal de la equidad!»

He aquí ahora a Volney, quien, aunque de la escuela de Helvecio, aporta un sentido muy claro y justo de la solidaridad. Para él, según la ortodoxia sensualista, «la base de la moralidad es el amor ilustrado de sí mismo. El vicio y la virtud han tenido siempre un objeto físico, que consiste en destruir o conservar el cuerpo»; y por eso el autor de *Las ruinas* pertenece bien a su escuela; pero nos muestra un verdadero sentido de la solidaridad cuando en su *Catecismo del ciudadano francés* recomienda del siguiente modo las virtudes sociales:

«La Naturaleza ha organizado al hombre para la sociedad. Dándole sensaciones, le organizó de tal manera, que las sensaciones de los otros se reflejan en él; de ahí nacen sensaciones simultáneas de placer, de dolor, de simpatía, que son un encanto y un bien insoluble de la sociedad».

Después apoya juiciosamente la solidaridad sobre la reciprocidad en los siguientes términos:

«PREGUNTA.—¿Por qué es un precepto la caridad o el amor al prójimo?»

«RESPUESTA.—Por razón de igualdad y de reciprocidad, porque cuando perjudicamos a otro le damos el derecho de perjudicarnos a su vez, y de ese modo, atacando la existencia de otro, atentamos contra la nuestra por efecto de la reciprocidad. Por el contrario, haciendo bien a los otros tenemos derecho a esperar el cambio, el equivalente, y tal es el carácter de todas las virtudes especiales: ser útiles al hombre que las practica por el derecho de reciprocidad que dan sobre

aquellos que de ellas se han aprovechado.

«Vive para tus semejantes para que ellos vivan para tí.»

Completemos el asunto con el diálogo de Marmontel tomado del mejor de sus *Cuentos Morales*, «El Misántropo convertido». Tendremos todos los elementos de una moral positiva, de una moral relativista y realista, fundada sobre el amor fraternal de los hombres.

«El vicio y la virtud—se lee en él—no son más que relaciones; el uno es vicio porque perjudica a los hombres; el otro es virtud por el bien que produce.

—»Precisamente—responde el segundo interlocutor. Y el primero replica:

—»Odiar el vicio y amar la virtud no es sino interesarse por los hombres, y para interesarse es preciso amarlos».

Terminemos esta ojeada sinóptica sobre el movimiento materialista del siglo XVIII con el siguiente extracto del *Catecismo Cívico*, de Saint-Lambert, en el que se acentúa claramente el carácter humanitario:

«PREGUNTA.—¿Qué es el hombre?»

«RESPUESTA.—Un ser sensible y razonable.

»P.—¿Qué debe hacer como sensible y razonable?»

»R.—Buscar el placer, evitar el dolor.

»P.—¿Quiénes son los que se aman bien?»

»R.—Los que no separan su felicidad de la de los otros hombres. Seais joven o viejo, rico o pobre, débil, ignorante o ilustrado: como mortal, debéis a todos los mortales ser justo; rico, vuestras riquezas son en vuestras manos el tributo de un pobre. Abridle su tesoro. Pobre, no déis más que débiles socorros al desgraciado, pero id a consolarle en su trabajo, y fortaleced la esperanza en su alma. Si sorprendéis un secreto, es propiedad de otro; respetad su propiedad. Si se os confía un secreto, es un depósito; no violéis ese depósito.

»Tomad la costumbre de hacer y

de decir lo que puede unir los hombres entre sí.

»Hacedos amar, para que se ame en vuestra boca la justicia y la verdad.

»Tendréis un enemigo en tanto no hayáis perdonado.

»Redoblad vuestras atenciones hacia

el hombre a quien habéis obligado, y vuestro amor hacia el que os obliga.

»Servid al hombre a quien no podáis amar».

PAÛL GILLE

(Concluirá).

La doctrina racional del siglo XX

La vida orgánica

Si contrariamente a las teorías admitidas, las esferas siderales de gran volumen, como nuestro sol, están destinadas a aumentar y a calentarse cada vez más, el estudio de las capas geológicas y de los restos fósiles que encierran, indica suficientemente que la superficie de nuestro planeta se ha enfriado mucho de los tiempos primordiales a hoy. Los hombres de ciencia, en mayoría, admiten actualmente la hipótesis de un vasto océano primordial que recubrió durante mucho tiempo con su espeso manto líquido la superficie entera del globo. Tan pronto como la masa de sus aguas hirvientes se enfrió hasta el grado térmico favorable, la vida orgánica surgió de todos lados en su seno, espontáneamente, como resultante de la colaboración y de la alianza íntima del aire, del agua, de las sales en ella disueltas, del suelo de los fondos marinos, y del éter imponderable. Todas las viejas cosmogonías orientales parecen haber tenido la justa intuición de este fenómeno. Según ellas, el agua fué el primer principio de las cosas, el elemento hembra sobre el cual flotaba el espíritu, el soplo creador, el principio macho activo, éter, aire, fuego y luz.

Pero está bien demostrado hoy que la generación espontánea no ha sido realizada únicamente en el pasado: la vida orgánica nace de sí misma, por combinación de los diversos elementos arriba mencionados, cada vez que las condiciones son propicias. Hoy mismo, a pesar de que la naturaleza te-

restre, tan exuberante en la era primaria, ha gradual y sucesivamente agotado sus recursos, y a pesar de que el protoplasma de que dispone la vida organizada en la tierra parece ya monopolizado por especies generalmente muy delicadas y muy diferenciadas que se reproducen por gérmenes, óvulos, botones, estacas, ingertos, partenogénesis o simple escisiparidad, hoy mismo, decimos, se produce constantemente el fenómeno de la generación espontánea. Ni ha dejado nunca de producirse, no sólo en el seno de los océanos, a expensas de los residuos orgánicos que su peso específico hace caer en las profundidades abismales, no sólo en el cieno de las aguas estancadas, en la superficie de los continentes, sino también en ciertos laboratorios y en condiciones ambientes harto ingratas en apariencia, en el interior de simples tubos de vidrio cerrados a lámpara y cuyo contenido ha sido cuidadosamente esterilizado por calores de 100 a 130 grados y más!

No es una modesta página de texto, no es un simple fragmento de artículo lo que convendría consagrar a las maravillas de la generación espontánea que los últimos años han visto salir á luz. Para conocerlas bien, los compañeros que lean francés deberán consultar las obras de los hermanos Mary, sobre la Evolución y la Biología Sintética,¹ que son de lo mejor en su género. Después de Stéphane Leduc,

¹ En venta en casa de Jules Rousset, editor, 12 Rue Monsieur le Prince, París, 6e.

cuyos pseudofitos son hoy bien conocidos, los Mary, echando gránulos o polvillos de sales, en ciertas soluciones, han realizado a su vez pseudo-organismos que manifiestan todos los fenómenos característicos de los verdaderos organismos, inclusive la aptitud evolutiva. Es este verdaderamente un capítulo inédito y lleno de sorpresas que viene a agregarse a la joven ciencia, ya tan vigorosa, de la Biología Sintética o Plasmogenia. Obedeciendo al excelente espíritu de síntesis que arrastra hoy a ciertos investigadores de las nuevas generaciones, el profesor Alfonso Herrera, fundador de esta ciencia recién nacida, comprende sin distinción todas las ciencias de la naturaleza en la plasmogenia, que él unifica con la Filosofía Natural.

Destruyendo todas las clasificaciones artificiales establecidas con toda paciencia por doctos latinistas y helenizadores, rompiendo para siempre los tabiques frágiles de los múltiples compartimentos científicos en donde se complacían en confinarse nuestros experimentadores, la lógica de los hechos obliga en fin a los hombres de ciencia a reconocer que no existen líneas de separación bien claras entre las ciencias de la naturaleza, que todas las ramas de los conocimientos humanos son lógicamente solidarias entre sí, que ellas deben formar un todo completo, porque el Universo mismo es un todo completo compuesto de unidades vivas por sí mismas, de unidades substanciales únicas en esencia, aunque infinitamente variables en cualidades y propiedades. En presencia de pruebas deslumbradoras, cada vez más numerosas, los experimentadores comienzan a admitir que la materia declarada arbitrariamente «no viva» no puede ser considerada como distinta de la sustancia viva organizada. Se sabe hoy que los minerales sienten, se alimentan, se desarrollan, decrecen y mueren poco más o menos como los animales. ¿No han comparado los señores Mary las contracciones de la amiba de agua dulce, vistas con el microscopio, a las que

ofrecen gotas de fucsina en silicato de potasio? Más todavía: en ciertos casos el mineral puede elevarse a la altura de un organismo vivo. Cuando se hace pasar la corriente eléctrica entre dos electrodos de platino sumergidos en agua líquida, se puede notar la formación de gránulos minúsculos que son agentes de fermentación dotados de propiedades muy análogas a las de las bacterias-fermentos (Platino Coloidal). ¿Carlos Ed. Gillaume no ha observado acaso en los metales fenómenos de sensibilidad, de voluntad, de evolutividad bien caracterizados? ¿Leduc no ha llegado a afirmar que una vulgar piedra del suelo, tocada con el dedo, responde a su contacto con una ligera dilatación?

Pero se puede ir más allá de la experiencia sensible¹ y admitir que las unidades constitutivas de los cuerpos materiales dichos simples, siendo homogéneas (es decir, teniendo volúmenes iguales con fuerzas expansivas equivalentes), vibran al unísono y que, solidarias en sus diversos estados, pueden tener ya un vago sentimiento de la unidad física de la masa de que forman parte. ¿No existe ya en la molécula química una especie de centralización psíquica, como una conciencia en estado embrionario? Tomad la molécula del agua, mucho más rica en átomos de lo que piensan los químicos, o bien la molécula de aire, ¿no son acaso organismos, células, rudimentarias ciertamente, pero ya comparables a las células protoplásmicas? ¿Y los cristales mismos, qué son? ¿Habrán que recordar las analogías tan concienzudamente establecidas por Bastian entre cristaloides y coloides? ¿El diamante, el cuarzo, los metales preciosos, el mismo radio, no son resultantes de trasmutaciones perfectamente análogas a aquellas de que es teatro la molécula orgánica?

En un folleto reciente² el profesor

¹ No nos dice el Autor por qué se puede ir más allá de la experiencia sensible para admitir esto o aquello. Habla con cierto candor que respetamos y juega a las palabras como no debieran hacerlo nunca los hombres de ciencia. — TRADUCTOR.

² Una Ciencia Nueva, la Plasmogenia.

Alfonso Herrera, por rayo de intuición digna de los filósofos de Jonia, definía el éter como *el protoplasma primordial*. Él debe ser, en efecto, la levadura que hace germinar las células silicatadas de Herrera, los pseudocitos de Mary, los pseudofitos de Leduc, las radiobas de Burke, los corpúsculos de Harting, las granulaciones de platino coloidal de Naegeli, los microorganismos nacidos *de novo* de Bastian. Él es sin duda quien se incorpora en el *Bathybius* de Huxley, en la *protameba* de los Mary, en los monerianos de Haeckel, en los microzimas de Bechamp, en todas las albúminas y en todos los compuestos orgánicos no al-

buminoides. Es el éter, sin la menor duda, quien constituye los centros animados, concientes, voluntarios, autónomos de todos nuestros tejidos y de todas nuestras células. Él es el «espíritu» sutil que anima «las almas de las células» de Haeckel, los «eteroides vitalíferos» de Clemencia Roger. Desempeñando el papel de «substancia pensante» en la vida del Kosmos, el éter fluido, elástico y plástico va por fin a reconciliar a materialistas y espiritualistas. En adelante, unos y otros deberán reconocer la unidad de la materia, de la fuerza y del espíritu.¹

ARISTIDES PRATELLE

(Concluirá).

Capítulos de una novela inédita

En un café de la ciudad, Luis sostenía conversación con dos camaradas. Cada cual tenía su novia y alguno proyectaba desposarse. Se hacían mutuas confidencias con desparpajo juvenil y se tomaban parecer. Uno de los muchachos hacía gala de despreciar el matrimonio, suponiendo que el amor se obtiene con dinero y que no es preciso cargarse de obligaciones, ni crear-se cadenas.

El otro, calladón, con un fondo moral mejor, precisamente el que, comprometido con una joven acaudalada de la sociedad, había concertado próxima boda, escuchaba con interés y discutía en su fuero interno las opiniones.

Sentados al rededor de una mesita de mármol, bebían té y fumaban.

Luis, al oír a su compañero hablar de cadenas, arrojó a lo alto el humo del cigarro, y dijo:

—No obstante, en el paseo el otro día, y esta tarde en el parquecillo de Morazán te ví muy arrimado a tu pretendida y satisfecho con ella. ¿Quién va a pensar entonces que positivamente creas tales cosas?

—¡Bah! Eso no se significa nada. Sabes cuánto me gustan las mujeres; si me aceptan no desperdicio el rato,

es mi gran placer. Las miro y aprecio igual; y si, según la clase, hago distingos, es sólo en fórmulas y cortejos. Me parece que en la juventud es cuando más se goza, y no sería tan bobo para envejecer perdiendo por convencionalismos hipócritas los lances mejores. Pescó en todas partes. Tú sabes bien que no creo en las mujeres, solteras ni casadas.

—¿Qué es lo que no crees?

—En esos devaneos de estudiantes y de tipos criados a la pretina de la madre. No acaricio más ilusión que la del amor sensual. Y para mí tengo que toda mujer no es sino una hembra, y no quiero exponerme. Porque no te figures que sólo me astusta la idea de que, casado, todo el mundo menos yo, sepa que soy una pobre víctima de la traición; también me enfurecería la

¹ Hace ya miles de años que los materialistas reconocen tal unidad. Este reconocimiento es en ellos fruto de una generalización que armoniza y simplifica. Hija natural de la experiencia, esta generalización no implica afirmaciones prematuras ni se realiza a fuerza de voluntarias confusiones. Una cosa es elevarse positivamente a la concepción unitaria del Cosmos (*luni-cervo y ordenado*) y otra cosa es caer en la vaguedad oriental, inútil e infecunda.

«Y qué unidad descubre el lector en el pensamiento de un autor que nos habla de «fuerzas vivas y fuerzas muertas» (RENOVACION número 45), de «monadas de éter y átomos pesados» (RENOVACION número 46) y del «éter, espíritu: sutil que anima las almas de las células y se incorpora en todos los compuestos orgánicos?»—EL TRADUCTOR.

idea de que hubiese un sólo hombre, uno tan sólo, que, por igual causa, pudiera mofarse de mí. Por eso no hago el papel de tonto sino de aprovechado.

—Pero englobas a las mujeres en tu afirmación, sin exceptuar...

—Sí, es cierto, bien lo he pensado. Abrigo la convicción de que por rarísima casualidad se podría dar con una inocente y fiel; y de que no seré yo el afortunado, jamás.

—Hombre, en nuestra sociedad conozco hogares honrados, y niñas candorosas...

—Que de puro sencillas e ignorantes, se dejan besar en la boca a la menor insinuación de su novio. Si fuese fácil comprobarlo te retaría a que me desmintieras. Tú me pareces timorato; pues bien, registra tu memoria.

Luis y su compañero, el silencioso, se estremecieron imperceptiblemente, sufriendo de verdad. Y el calladón dijo:

—Puede ser, la audacia y el ardor de los muchachos los impulsa a ello, pero no creo que muchas señoritas se dejen besar en la boca; es posible que en la mano, en un brazo... Conozco más de cuatro que parecen cerriles o gatitas bravas cuando los tenorios perfumados o los hombres que sólo aprovechan, según tu expresión, quieren abusar...

—¡Más de cuatro! Afuera esos nombres, que te deben retozar en la punta de la lengua. ¡Gatitas bravas! Sí, cuando les repugna el que se les acerca; pero que les llame la atención, que les toque un poquitito el amor, y ya están echadas y roncando de gusto.

Luis, mortificado con la discusión de los besos, que tan de cerca le daba, añadió a la tesis de su aliado:

—No lo creo. Conozco algunas enamoradas que no se dejan tocar la punta del zapato ni las yemas de los dedos.

—¡Hombre! ¡qué niño eres! Eso es táctica. Si se les arrima un hombre celoso, que hace alarde de amar la pureza, y lo quieren cautivar, se fingen gatitas que arañan. Pero ya vengán a un baile, o un paseo, y me dirás

si no hay apretones deliciosos, y flojeidad de miembros aperezados, cabezas que se recuestan dulcemente en tu hombro. ¡Vaya, vaya, qué inocentes se fingen ustedes...! Aquí hay una muchacha que ustedes conocen, Wendolin. Ya ven ustedes que es bonita realmente, de buena familia y bien criada. ¿Conviene en eso? Pues oigan lo que me pasó, y juzguen; yo la cortejaba empeñosamente, y me correspondía. Tras ella me iba en la calle, seguía la con ansiedad, estaba de plantón en la esquina y hablábale a menudo en la ventana; ella siempre muy discreta. Una noche dieron un baile en su casa, al que fui invitado. Un baile magnífico, de etiqueta. Como ustedes se lo figurarán yo traté de bailar muchas piezas con ella, y el asunto caminaba bien. En lo mejor del baile cometí la torpeza de pedirle un beso, porque les aseguro que me tenía fuera de mí. Se negó semi-ofendida; le dije que se lo daría; me contestó que no bailaba más conmigo y que inmediatamente la sentase; insistió, y contra mi gusto cedí a la insistencia. No bailé con otra. Pero ella comenzó en coqueteos con su pareja, y me dí a todos los diablos. Cuando salió a bailar por segunda vez con un jovencito, le rogué humildemente me cediese la pieza que seguía, que bailáramos de nuevo, y tanto le rogué, que satisfizo mi ansiedad, pero advirtiéndome tuviera cuidado con la amenaza, porque me costaría caro el robo. Crean ustedes que eso me alentó. Noté que ella bailaba con más entusiasmo conmigo, y en una de las vueltas de un vals a dos tiempos, al pasar cerca de la puerta de un corredor semi-oscuro, fascinado, enloquecido, estreché con ardor su cintura, y recatándome de la gente le planté un beso en los labios húmedos y rojos que perfumaban a gloria. Yo que lo hago, y ella, que debió estar prevenida, como un rayo me pegó el abanico en los míos, con tal fuerza, que me hizo ver chispas y me rompió. Por supuesto, soltó mi brazo y no sé por dónde huyó del salón. Rápidamente me llevé el pañuelo a los labios

y escapé de prisa por la puerta del corredor, a buscar agua.

—Ya lo ves, ya lo ves, repitieron casi a un tiempo Luis y el amigo aliado.

—¡Qué, qué! Esperen ustedes. Dije que había cometido la torpeza de pedirle permiso para besarla; pero califiqué de tontería mi solicitud porque debí besarla sin permiso. Y fué error mío, pues era ella, probablemente, de las cuatro gatitas que ustedes proclaman. Bien, acabo mi cuento: el dolor me encolerizó, mas no proferí ninguna interjección ni hice nada inconveniente. Me dirigí al jardín en cuyo centro el surtidor abierto mantenía llena la taza en que nadaban pececillos rojos. Una bombilla eléctrica no había en él ni hacía falta: una luna espléndida se encargaba de alumbrarlo. Puesto un pie sobre el borde de la pila estaba limpiándome con el pañuelo la sangre que fluía de la herida, y triste e indignado pensaba en el lance esperando las complicaciones posteriores, cuando de pronto me hablan muy dulcemente a la espalda. Vuelvo la cara, y la veo sola, y solos estábamos en el jardín. Me mira consternada y me dice con el mismo acento: «Pobre, ¿le duele mucho? ¡Qué barbaridad! No quise hacerle tanto daño. Perdóneme. Aquí traigo este paño para que se enjугue, y este pañuelo para reponer el suyo, manchado, que guardaré». Quedéme en muda contemplación, admirándola, porque estaba bellísima. Mi malestar desapareció como por ensalmo; de una pesadilla pasé a un sueño. La claridad de las estrellas, la luz pálida de la luna, las plantas crecidas balanceándose con la brisa casi al compás de la música que hasta nosotros llegaba como una serenata; las flores, los aromas; ella iluminada misteriosamente, vaporosa como un hada, me hicieron recordar los voluptuosos palacios de los árabes y sus aventuras amorosas; y por contraste singular, estos versos de Shakespeare:

“Pródiga es la cautelosa virgen
Que aun a la luna su beldad descubre”.

La ternura de ella y mi pasión se

confundieron, y bajo la umbría, tras unas palmeras reales, mientras el viento salmodiaba al Cielo, no uno sino muchos besos le di en la boca, en la nuca y en la cabeza. Luego nos alejamos con lentitud y naturalidad de nuestro palacio encantado en donde en un ratito habíamos vivido un siglo de dicha.

Los interlocutores se quedaron silenciosos admirando la fantasía oriental de su camarada, que siguió:—¿Con que ya están ustedes convencidos? No hay aquí una mujer que no la hayan besado, y sabe Dios cuanto más. El que desee recoger las heces, que se...

—¡Hombre, no parece que tuvieras, como tienes, hermanas y madre! ¡Suelas la lengua de un modo!... No seas tan exagerado, le reprochó Luis con seriedad. Pero el de la historia exclamó:

—¡Y así voy a pensar en el matrimonio! Cuántas parejas de casados veo pasar, y me digo: tan orondo ése, y la que lleva del brazo fué mi novia, o fulano se entretuvo con ella tanto tiempo. Y me penetra la sospecha de que lo sucedido podría repetirse si las circunstancias son favorables... No, no, prefiero gozar del amor sin exigir más, y sin que nadie me exija... Y no hablemos de mujeres casadas.

—Sí, es mejor que no hables tú; dijo Luis. Su aliado, cada vez más cabizbajo, no descosió los labios.

—No hablaré para no escandalizarte.

—Ese modo de pensar, que no es más que una opinión, en vez de hacerte dichoso, te hará desgraciado. Las mujeres te estragarán, y cuando pienses en el hogar, será tarde; y si lo formas, llegarás a él inválido y sin una ilusión.

—¡Ilusiones! Estás oyendo que no me forjo ninguna. Siempre he estado convencido de la verdad de mis aseveraciones, y no vacilo en mi conducta.

—Tantos prejuicios de hombre de poca elevación; tantos escrúpulos por beso de más o de menos; y el amor que gozas, con excepciones... Las mujeres que hacen tu felicidad corrientemente no las discuto por los besos que hayan

dato, sino por el asco que producen. Además, corres un peligro, entre otros no menos dignos de consideración, del que ninguno está salvo: de enamorarte cuando menos lo piensas. ¿Y de quién? No lo sabemos. O de mujer que por tus proceder te rechazará, o tal vez de aquella sobre cuya vida pasada no te queda otro recurso que poner una losa de tal peso que nunca puedas levantarla. ¡Cosa bien difícil por cierto!... ¡Cuántos disgustos por sospechas éstas sí fundadas, que seguramente te maltratarán! Ahora, debo advertirte que has hablado del matrimonio como un macho, esto es, pensando sólo en la carne, y olvidas completamente lo que es hogar, hijos, ternuras del alma, solicitud, cumplir hermosos deberes que llenan el corazón y crean por su sola virtud la verdadera felicidad.

El joven enemigo del matrimonio incrédulo o escéptico sonrió, e iba a replicar a Luis cuando comenzaron a cerrar las puertas del establecimiento y los tres camaradas levantáronse para retirarse. Despidiéronse amistosamente, cada cual tomó por su lado, pero ninguno pensaba lo mismo que cuando entró al café.

IV

Si no confirma la experiencia nuestras opiniones, y las fortifican nuestros andares, ciertos razonamientos presentados oportunamente hieren la imaginación de tal modo, que las conmueven; y si se es joven, y el que mina el criterio, hábil y sugestivo, las opiniones no resisten el bamboleo, desmorónanse y modifican la conducta.

A Luis no le hubieran hecho mella los argumentos de su camarada a no tener un indicio de las audaces y desnudas afirmaciones del licenciado, pues Luis pertenecía a un medio

honesto y su educación lo alejaba de un sentir tan desvergonzado. Su conciencia modelada con cariño y constancia por su madre, inspirábale otras ideas, guías de su conducta. Luis no cambió su moral, claro que no; bien sabía que hay tantas calificaciones de la mujer como hombres las juzgan; pero sin poderlo evitar, porque su imaginación fué espoleada, y adolorido por las que le parecieron alusiones a su desdichado lance, se puso a analizar a Felicia. Experimentó celos del pasado: pensó en los primos, en los amigos, en los criados protervos de quienes pudo ser que ella recibiese alguna lección inmoral. Un pasado corto, es verdad, mas hundido en el misterio. Y celos y temores por un futuro apenas esbozado en el horizonte de su vida. Quiso desechar tan necias y sutiles ideas, defendiendo ante sí a Felicia:—¿Quién despertó esa niña al amor, no fué yo? Lo he cultivado en su corazón; fué el primero que bailó con ella en el Teatro Nacional; quien la invitó con insistencia a ir a la arboleda; y por último la besé sin pedirle permiso... Ella no protestó, y, quién sabe si no nos sorprenden... Tal vez, como el otro, consigo lo que concedió la del abanico... Me fué a buscar a casa cuando yo convalecía, me regaló flores... Baila conmigo, y es exacto cuanto de esto dijo... ¡Qué angustia! Me pone nervioso pensar en estas cosas. Pero si eso es el amor; si esa es la florescencia de la planta que sembré. Nunca tuvo otro novio, he sido el primero... ¡Qué injusticia! Lo que debía agradarme y enorgullecirme, lo que he creado, me aterroriza, lo considero indignidad y baldón del sexo femenino. Entonces ¿qué busco, qué pretendo, qué espero? Una joven a quien ningún hombre ha hablado, nacida y educada con esmero no da lugar a sospechas; son los hombres

AVISO.—Los que deseen suscribirse a **RENOVACIÓN** pueden hacerlo directamente a las siguientes direcciones: Ricardo Falcó, apartado 638, San José de Costa Rica; Maximino Fernández, calle Perdriel, N° 519, Buenos Aires (Rep. Argentina); Lorenzo Portet, calle de Cortes, N° 478, Barcelona (España). El abono es: **2 dólares al año oro ame.** En Europa: **10 pesetas**  **año moneda española.** PAGO ANTICIPADO.

los que enturbian la limpidez del alma de la mujer, los que estimulan las inconveniencias y los deslices para gozar, y deprimen luego a todo el sexo. Cumplido nuestro deseo se nos oprime el pecho porque ellas aplacan nuestra sed, porque ceden amorosas y tiernas a nuestras añagazas. ¿Y si a mis caprichos y desesperaciones Felicia no hubiera correspondido, consumiéndose de amor en silencio y mostrándose como una estatua de mármol, hubiera yo continuado cortejándola? ¿Cómo se nos prueba que se nos ama, cómo se nos manifiesta el amor? ¿No pedimos con insistencia y hasta con recriminaciones? Vive el amor de miradas lánguidas, de paliques insustanciales, de perfumes y flores, de apretones de manos, de cumplidos, regalos y ternuras, de preferencias estudiadas, de secretos, de abrazos tras las puertas y en los rincones, de besos robados en la soledad, de suspiros y lágrimas, de cartas, pañuelos y rizos, de estremecimientos y palpitaciones del corazón, de temores, sobresaltos y esperanzas. Y cuando de ese paraíso se sale como salieron Eva y Adán del suyo por haber comido la fruta prohibida, aunque la luz, la música, el perfume y la alegría desaparezcan para dejar campo a las sombras, al dolor y a los trabajos, todavía el amor mantiene unidas las parejas, sobrellevando sus desventuras, mirando renacer la dicha perdida en sus hijos. La mujer célibe y como amante es una, distinta de la mujer madre y compañera amorosa.

Llegó a su casa tarde de la noche, y encontró sobre su escritorio la novela de Lamartine «Graciela», como esperándolo. La hojeó, y en la última página en blanco encontró el papel de Felicia que leyó con avidez. Quedóse mirándolo y pensó: — ¡Pobre niña, encerrada por voluntad de su madre, privada la mariposuela del placer de asomarse a la ventana y de recrear su corazón! La madre es inexorable. ¿No besaría ella también en sus mocedades? ¿No sentirá hoy vivir su alma como en un halo de luz, en el recuer-

do de sus quereres? Se vive y se goza en el recuerdo de la dicha pasada, pero hay que tener recuerdos amables. He allí el hogar a que pertenece Felicia, hogar modelo, cohiben a la niña para salvar del incendio sus alitas de oro. Hogar modelo porque el amor fundió los corazones de sus padres... ¿Y de qué viviría ese amor?... De lo que viven todos los amores; y debió vivir mejor; porque entonces no había luz eléctrica, sino velas y petróleo, buenos alcahuetes en salas y corredores. ¡Y son crueles con Felicia! Será que no les satisfago yo. Y quizá piensen bien, porque ellos son ricos y yo soy pobre. Más crueldad sería separar a Felicia de sus comodidades para ayuntarla conmigo a sufrir penurias. El siglo no se conforma con virtudes, ni con anhelos sublimes, el siglo pide dinero, y no lo tengo. Bien haya la disposición previosa de los papás de Felicia, porque así me olvidará. No contesto, pues, la misiva; guardaré el libro con tan precioso documento, y olvidaré también. Y lo guardó cuidadosamente con otros objetos de Felicia. Después se desnudó y tendióse en su cama, decidido a no volver a inducir a la inocencia por caminos que a la postre arrojan del paraíso y obligan al ángel vengador a defender la puerta con una espada de fuego.

Y se durmió. La noche compasiva y dulce besa a los buenos sin rubor ni sobresalto; cobájalos con su chal lujoso de paz y olvido; y al otro día, al despertar, descansados, contentos y animosos se aprestan a la faena diurna; pero es tenebrosa, hosca y vengativa con los malos; vuélvese un vampiro y sobre ellos tiende su ala membranosa, gélida, y armada de uñas, que sobrecego, espanta y no da tregua al corazón; y al otro día, fatigados, lívidos y cobardes se entregan a sus remordimientos y reincidencias.

Luis había flaqueado y la noche lo castigó, no quiso cobijarlo con su chal de estrellas y lunas, le envió su deforme hija la pesadilla, para que lo adurmiese en sus brazos huesudos. Y llegó la pesadilla:

Luis estaba casado, no era rico, pero un pequeño comercio de ferretería le daba con qué subsistir sin estrecheces. Felicia bajo su techo le hacía completamente feliz. Intima él con un joven extranjero y lo lleva a comer a su casa. El extranjero se prenda de Felicia y continúa visitando la casa y haciendo el amor a la esposa de su amigo. Eso dura algún tiempo, y una mañana, cuando Luis almorzaba, le dijo su mujer:—Tengo que comunicarte algo serio así que concluyas de almorzar.—¿Qué será? Veamos. Pues, si lo deseas, escucha:—Te juré fidelidad ante el altar del Dios que adoro, y primero moriría que delinquir. Debo por eso confesarte que amo a dos hombres: primero que a nadie te amé; pero hoy amo mucho más que a tí, que has dudado de tu mujer injustamente, al joven extranjero que me trajiste. Luis, presa de un temblor nervioso, y como si tuviera una plancha de plomo en el pecho, quiso replicar, gritar, moverse, pero no pudo. Ella siguió impávida:—No podría continuar a tu lado fiel y pura porque la tentación es terrible, aunque jamás seré pérfida. Acepta,

pues, la separación de cuerpos por mutuo consentimiento, y el divorcio dentro de dos años. Me iré en seguida con el joven extranjero para Nueva York, y si me llega la desgracia de perder por cualquier causa al que será mi nuevo marido, y tú guardas aún amor por mí, como después de él sólo a tí te amo, convengo en volver a tu lado y ser sólo tuya. Esta solución, si tú la aceptas, no te manchará ni a mí. Tendré un motivo más de gratitud para tí, y una prueba de tu nobleza, que mientras viva recordaré; habrás contribuído a defender la sinceridad y el honor de una dama y te demostrará que la mujer no es pérfida como la ola.

Luis produjo un sonido gutural horrible; hizo un supremo esfuerzo, dió un salto, cayó de la cama, y despertó llenos los ojos de lágrimas. En ese momento, el corneta del cuartel saludaba la aurora con notas metálicas de su clarín potente. Se hizo su tocado y se largó a la calle a refrescar la cabeza.

CLAUDIO GONZÁLEZ RUCAVADO

La ignorancia

Los pobres cerebros infantiles, los corazones sin valor, todos los enfermos y todos los humildes, embrutecidos por la servidumbre y la miseria, son fácil presa de falsarios y embusteros, explotadores de la credulidad pública.

En todas las épocas, los señores del mundo; iglesias, imperios, monarquías, han reinado sobre multitudes de desgraciados, envenenándolas después de haberlas robado y manteniéndolas en el terror y en la esclavitud de falsas creencias. Pero el envenenamiento no bastaba para explicar aquella modorra de las conciencias, aquella nada en que dormitaba la conciencia popular. Para que un pueblo se dejase envenenar tan fácilmente era forzoso que no se conservase fuerza alguna de resistencia. El veneno obra principal-

mente sobre los ignorantes, sobre los que no saben ni son capaces de examen, crítica ni discusión.

Así, como base de todo dolor, de tanta iniquidad e injusticia, descubriase la ignorancia, causa primera y única del largo calvario de la humanidad en su camino, en esa ascensión tan trabajosa y lenta hacia la luz, atravesando todos los lodazales y los crímenes de la historia. Por allí era, por aquella misma base, por donde había que reanudar siempre la emancipación de los pueblos, instruyendo sus hondas capas, pues una vez más acababa de probarse que todo pueblo ignorante es incapaz de equidad, y que la verdad es lo único que habilita para la justicia.

EMILIO ZOLA

IMP. ALSINA. SAN JOSE, C. R.

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INEDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOLÉS y AMERICANOS
alternadas con

LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 á 300 páginas

A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.
Manzana de Anís, Francis Jammes.
El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.
Jacobé, Joaquín Ruyra.
Zalacain el aventurero, Pio Baroja.
Juventud de Principe, W. M. Forster.
Tom Sawyer, detective, Mark Twain.
El amor catedrático, G. Martínez Sierra.
La enjuta, Victor Catalá.
Dios salve á la Reinal, Allen Upward.
La bella dormía en el bosque..., François de Nion.
Rebeldía, Joaquín Dicenta.
El señor de Halleborg, A. Hedenstjerna.
Casa por alquilar, Carlos Dickens.
Minnie, Andrés Lichtenberger.
El dragón de fuego, Jacinto Benavente.
Boda oficial, R. H. Savage.
Rey en la tumba, Anthony Hope.
Fausto, Ivan Turgueneff.
El silencio, Eduardo Rod.
Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.
Historias de locos, Miguel Sawa.

Kolstomero, León Tolstoi.
Ernestina, Prudencio Bertrana.
El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.
Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.
Las cerezas del cementerio, G. Miró.
El espada Montes, Frank Harris.
La voz de las campanas, C. Dickens.
Nerto, Federico Mistral.
El lunar, Alfredo de Musset.
Ansias de vida, Luis Q. Huertos.
El cadaver viviente, León Tolstoi.
Nuestras hermanas, Henri Lavedán.
¿Culpable?, W. Le Queux.
Su Majestad, Henri Lavedán.
El reflujó, R. L. Stevenson.
Maria, Jorge Isaacs.

EN PRENSA

Por la vida, J. Pons y Pagés.
Los Rocas Blancas, Eduardo Rod.
Las dos vidas, Eduardo Marquina.
La puñalada, Marián Vayreda.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTES EN CENTRO AMERICA:

Ricardo Falcó M. y José María Zeledón

77 Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

OBRAS NUEVAS

Nuestras hermanas — ¿Culpable? — Su Majestad — El reflujó

MARIA

ALMACÉN DE VÍVERES

Tejidos de todas clases,
Vinos, Licores, Ferretería, Perfumería, etc., etc.

Todo exclusivamente por mayor

La Alhambra

Esta casa no tiene sucursales

PAGÉS Y COMPAÑÍA

Hemos recibido y tenemos ya a la venta, la bella obra

MARIA

del escritor colombiano Jorge Isaacs, uno de los más afortunados prosistas de la América, que tan alto nombre pudo alcanzar en la literatura universal. La insistencia con que esta novela es solicitada en donde quiera que el habla castellana campea, se explica por el alto interés sentimental que ella representa. Ese compendio de amor y de infortunio, vivirá mientras no muera el sentimiento que le ha dado origen.

La vendemos en tomos lujosamente empastados de los de la Biblioteca Domenech, a **cuatro reales** cada uno.

Puntos de venta.—En SAN JOSE, Librería Falcó, 7ª Avenida, Este, 247 y Barbería Española; PUNTARENAS, Juan Bta. Romero Casal; ALAJUELA, Calvo Fernández & Cº; NARANJO, Demetrio Cordero; HEREDIA, Rafael J. Elizondo; SANTO DOMINGO, R. Chaves; ESCASÚ, José J. S. Aguilar; ATENAS, Tomás Yenkins.

Dirección: 7ª Avenida, Este, 247 — **PETIT PARIS**